

CARTA ABIERTA A MARIA ROCA

María, amiga:

Seguir un proceso creativo es gratificante para el observador si aquello que crece va tomando un sentido positivo, válido, en el momento de valorar una tarea. El primer encuentro representaba un momento más dulce, un pacto estético vinculado al mundo textil —no conocía aquella primera etapa dedicada a la pintura. Pero en medio de sedas, lanas, objetos, elementos vegetales..., había una expresión contenida de lucha: quería emerger un mundo demasiado íntimo y frágil para destaparlo, y todavía te sentías insegura.

Poco a poco las contradicciones constituían un montón de sombras y entrecruzamientos, conspiraciones más profundas que cuestionaban tu propio esfuerzo. Desde aquel tubo estrecho, angustiado, que era necesario empujar con fuerza, han transcurrido diversos hechos, persiguiendo siempre el entramado del tapiz, pero ya visto como óptica plural donde es necesario investigar, asociar y relacionar materiales. La paradoja o la vía que a veces se pierde en medio de la selva, cuando la provocación de crear es a menudo superior a las posibilidades materiales, ha vuelto segura a la pintura. Ello no significa que los recorridos, las experiencias asumidas se hayan evaporado sino que han contribuido a construir un lenguaje muy particular. Sin aquella encrucijada donde tú, tantas veces, sentías la oscuridad, no hubieras podido suscitar la correspondencia entre unas líneas firmes, seguras. Ocurre a menudo que el afán del disfraz borra paulatinamente la necesidad de encontrarse. Ocurre a menudo que para poder atravesar espacios se construyen palabras vacías, elaborando con lo ficticio un suicidio del propio mundo interior. Ocurre a menudo,..., ocurren a menudo hechos diversos en el mundo del arte que son solamente el engaño justificado de los sentidos.

Cuando alcanzaste el reto del Puente Eiffel, comprendí que nadie podría detenerte jamás: podías estar sola con la obra, no necesitabas a nadie y sólo pactarías contigo misma. La energía que desprendías, la sinceridad de llegar a un fondo todavía nebuloso para ti, el estímulo que siempre ha ido apareado con el concepto de «tiempo», «raíz», «memoria»..., provocaban un gran respeto hacia tu obra.

El silencio y un pacto interno progresivo han madurado la consistencia de la obra. Has incorporado nuevas técnicas y, sobretodo, has llegado hasta aquel punto de fusión entre la pintura y el textil, sin dejar de recoger el triunfo de cada presencia en su propia individualidad.

La constitución de la obra ha crecido firme y segura desde la fragilidad. Cuando te encargaron el montaje «La Memoria del Tiempo», para una ciudad italiana, tu «tiempo» creativo estaba ya marcado por unos sedimentos matéricos y simbólicos. Todo confluía en el papel, exprimía el resultado de muchas horas de trabajo, de aquel libro de artista cercano al concepto de volumen... Y, así, la pintura, los signos simbólicos, las materias aplicadas a manera de un collage y el volumen escultórico, emprendían por segunda vez el reto de la integración arquitectónica.

Estas páginas elaboradas con papel hecho a mano, con elementos vegetales que forman parte de tu iconografía y una técnica mixta bien fusionada, expresan una serenidad, un ritmo interno evidente que avanza más allá de las fronteras de la estética para afirmarse en la existencia de tu propia palabra: el silencio creativo de la evocación que evoca el propio silencio.

Cierto día me comentabas un extraño sueño, pero para mí era comprensible. Las piedras encajaban sin problema: construías.

GLÒRIA BOSCH i MIR
Barcelona, septiembre de 1988



Maria Roca

Fotografia, Carles Miró.